

Apuntes sobre las investigaciones prehistóricas en México y América

LUIS F. BATE
ALEJANDRO TERRAZAS

RESUMEN

Se trata, de manera muy general, de un par de aspectos del estado actual de las investigaciones sobre prehistoria en el continente americano, específicamente, en torno a los procesos de poblamiento del mismo.

Uno de ellos se refiere a las “teorías” sobre el poblamiento americano. Por lo cual las investigaciones tienden a carecer notablemente de orientación y articulación coherente, manteniéndose sometidas a la exaltación del empirismo más ramplón.

En cuanto a las orientaciones temáticas, estado actual de las investigaciones sobre prehistoria en el continente americano. A propósito de lo cual, se esbozan las bases para una hipótesis acerca del poblamiento americano.

Palabras clave: Investigaciones prehistóricas, poblamiento americano, México y América.

Aspects Of Research On Prehistoric México And The Americas

ABSTRACT

A very general treatment of two aspects of current research into the pre-history of the American continent with particular emphasis on population changes.

One aspect addressed is the confused and badly articulated theories in regard to the population of this area. These theories tend to be pieced together from vulgar sources and are excessively empirical.

A thematic treatment of current research in pre-history outlines a basis for an adequate hypothesis in respect to populations in the Americas.

Key words: Prehistoric research, populations in the Americas and Mexico

Donde no hay teoría no hay ciencia

Mario Bunge*

...o sea, el marco teórico: ¡eso es una mierda!

José Luis Lorenzo**

I. ¿Qué tan científica es nuestra Prehistoria?

En México, como en otros países americanos, se ha usado el término de “Prehistoria” para referirse a la historia de las sociedades cazadoras recolectoras y aún para sociedades pre-estatales productoras de alimentos. Hoy, el término resulta algo anticuado, lo mismo cuando se refiere a la disciplina científica que estudia dichas sociedades y tiende a hablarse más bien de arqueología de sociedades cazadoras recolectoras. Esto es sólo una cuestión de modas terminológicas, pero también puede deberse, en parte, al desarrollo de las investigaciones.

En este trabajo queremos limitarnos a esbozar algunos apuntes orientados a evaluar qué tan desarrolladas se encuentran las investigaciones arqueológicas americanas en cuanto al estudio de las sociedades cazadoras recolectoras y, en particular, en relación al problema del poblamiento del continente.

No pretende ser una revisión general del “estado de la cuestión” y nuestros comentarios serán parciales, pues no nos centraremos en los aspectos del nivel de acumulación de información empírica alcanzado, ni del desarrollo de las técnicas o procedimientos metodológicos aplicados en las investigaciones sobre el tema. Sin lugar a dudas, puede decirse que, desde hace unos veinte años, ha habido un aumento explosivo de la producción de información, particularmente en algunas regiones, como el área andina, el Brasil o el Extremo Sur desde Uruguay (Pampas, Patagonia y Tierra del Fuego). En otras, como en México o el Caribe, si bien no puede hablarse de un estancamiento absoluto, los avances han sido bastante más modestos¹.

Por su parte, los avances tecnológicos y de procedimientos también han afectado favorablemente al desarrollo de las investigaciones, elevando la calidad de los trabajos de prospección, localización, excavación, registros y dataciones, hasta el análisis y ordenación de la información realizada en los gabinetes o laboratorios. En este sentido, puede mencionarse el impacto de la generalización del uso de computadoras personales que, además de haber permitido hacer mucho más eficiente el procesamiento de información, ha contribuido notablemente a agilizar el intercambio de la misma. Por supuesto, la disponibilidad de los recursos económicos que implica la posibilidad de utilizar estos medios es desigual y la brecha mayor se establece entre Norteamérica y el resto del continente.

En estos desarrollos también ha incidido el considerable aumento del número de practicantes de la arqueología con formación profesional y de las instancias académicas de comunicación de información. Pero sobre todo –aunque ha ocurrido en menor medida– la apertura de foros que abren la *posibilidad* de entablar diálogos y debates. En lo cual también se advierten desigualdades que se reflejan en el estado de la investigación. Así, por ejemplo, las *Jornadas de Arqueología de la Patagonia* se vienen llevando a cabo con regularidad desde 1984, convocando a un gran número de investigadores, mientras en México no se realizaba un evento de esta naturaleza desde hace quince años².

Y hay que decir que el desarrollo tecnológico y la abundancia de medios de comunicación no siempre han resultado necesariamente en la elevación de la calidad de las investigaciones, tal vez porque permiten incrementar cuantitativamente la producción de resultados ahorrando trabajo humano, sobre todo, el de las neuronas. Como advertía con claridad Dillehay (1988:12), refiriéndose al “exceso de arqueólogos con el grado de doctorado y un incremento de los fondos para investigaciones y publicaciones”:

...el aumento de la cantidad parece siempre llevar a la inevitable reducción del promedio de la calidad (y probablemente no aumen-

ta finalmente en términos absolutos, el número de buenos trabajos). El proceso de publicación ha dejado también de actuar como mecanismo de control de calidad. Nada lo ha reemplazado. En síntesis, parece que la arqueología ha estado preocupándose más con la cantidad y con la difusión de información, que con la comunicación real.

Concordamos plenamente con el autor haciendo notar que, en este aspecto, México sí se ha puesto al día en cuanto a la prevalencia de criterios cuantitativos para la evaluación del rendimiento académico.

El tema en que centraremos nuestros comentarios es el que se refiere al *desarrollo y uso de las teorías*, en la medida en que, de acuerdo a Bunge³:

Es una peculiaridad de la ciencia contemporánea el que la actividad científica más importante –la más profunda y la más fecunda– se centre en torno a teorías, y no en torno a la recolección de datos, las clasificaciones de los mismos o hipótesis sueltas. Los datos se obtienen a la luz de teorías y con la esperanza de concebir nuevas hipótesis que puedan a su vez ampliarse o sintetizarse en teorías.

...lo que caracteriza a la ciencia moderna es la insistencia en la teoría –en la teoría empíricamente contrastable, desde luego– y no el interés primordial por la experiencia en bruto.

y, más adelante,

La dimensión y la adecuación relativas del trabajo teórico miden, pues, el grado de progreso de una ciencia.⁴

En primer lugar, distinguiremos entre posiciones teóricas y teorías sustantivas. Las *posiciones teóricas* son concepciones generales acerca de cómo es la realidad y cuáles son los procedimientos científicos adecuados para conocerla. Las *teorías sustantivas* forman parte de las posiciones teóricas, constituyendo los componentes ontológicos referidos a campos particulares de las realidades

estudiadas. Además del área *ontológica*, una posición teórica incluye el conjunto de planteamientos expresos o implícitos respecto a los *juicios de valor* que orientan la investigación, los enunciados *epistemológicos* y las propuestas *metodológicas* con los cuales la ontología está necesariamente interrelacionada, con diversos niveles de consistencia⁵.

Acá nos referiremos a las teorizaciones relativas al objeto sustantivo de investigación, esto es, sobre las sociedades cazadoras recolectoras y su dinámica histórica. No nos ocuparemos centralmente, por el momento, de las *teorías mediadoras*, indispensables para conectar la realidad de la información disponible y los datos observables con la existencia de las sociedades que investigamos (Bate 1998: 106).

1. Un poco de historia: sobre el empirismo predominante

Desde hace ya unas cuatro décadas, el mundo de la arqueología, en general, fue saludablemente impactado por el surgimiento de la entonces llamada “new archaeology” o arqueologías procesuales, tanto desde la Gran Bretaña (Clarke, Renfrew) como desde Norteamérica (Binford, Flannery, Schiffer). Sus planteamientos vinieron a cuestionar las bases de las arqueologías ya tradicionales, instaladas en una “normalidad” kuhniana, donde coexistían las orientaciones teóricas englobadas en el concepto de particularismo histórico.

Tanto el difusionismo como el relativismo cultural –representados en América por algunos de sus máximos exponentes, como Menghin o Boas, respectivamente– conformaron posiciones teóricas literalmente reaccionarias: una reacción contra el evolucionismo del siglo XIX. Reacción creacionista y clerical por parte del difusionismo histórico–cultural y contra la justificación de la “vanguardia de la historia” –frente a la emergencia exitosa de los movimientos socialistas⁶– por parte del relativismo.

Claramente se transparenta el fondo ideológico de la disputa en torno al área valorativa, desde la cual se definen los objetivos

cognitivos que cada posición propone para la ciencia. Una maniobra de traspaso de la ideología de una burguesía industrial del siglo XIX, vanguardista y anticlerical, disputando el poder ideológico político a una burguesía terrateniente apoyada en la institucionalidad y en la ideología religioso feudal, a la burguesía industrial financiera del siglo XX, triunfante e instalada en el poder político y económico que descubre la efectividad de la ideología religiosa como instrumento de dominación, esta vez a su servicio. El mecanismo de ocultación de tal maniobra se dio a través de la imposición de otro mito ideológico, absolutamente falso, pero eficiente: el de que el área valorativa, desde la cual se definen los objetivos cognitivos que cada posición propone para la ciencia

Debido a lo anterior, el desplazamiento del evolucionismo se dio bajo el pretexto de que constituía una concepción “especulativa” y “abstracta”. La alternativa: no arriesgar generalizaciones antes de disponer de *toda* la información empírica que, algún día, permitiría explicaciones adecuadas para cada caso, para cada cultura singular e irrepetible, donde la cultura es la categoría que alude a la totalidad social. La tarea central de la ciencia arqueológica viene así a definir, de hecho, su objetivo cognitivo: la *descripción*, aún cuando el planteamiento resultara inconsistente con el hecho de estar orientada a fundamentar la existencia de entidades abstractas preconcebidas y preestablecidas, como “círculos culturales”⁷ o “universales de la cultura”, levitantes en el mundo de las ideas o de la unidad psíquica de la humanidad.

El rescate de la racionalidad científica “que amenazaba con ahogarse en el mar de la empiria”, por parte del neoevolucionismo de V.G. Childe o L. White, no escapó a la influencia arrasadora del empirismo entre los practicantes americanos de la arqueología. Se trataba de fundamentar, en una sólida base empírica, los particulares procesos de evolución a nivel regional, para evitar el riesgo de ser calificados como “especulativos abstractos”. Y, en el caso de los estudios de las sociedades cazadoras recolectoras en América,

difusionistas, culturalistas, ambientalistas y neoevolucionistas coincidieron en cuanto al objetivo de la arqueología: el establecimiento de secuencias cronológico–culturales, donde los mismos planteamientos evolutivos se redujeron a referencias generales simplistas y esquemáticas pero, eso sí, con muchos más datos e información. Es el caso de las propuestas generales o regionales de periodización, por ejemplo, de Krieger, Willey, MacNeish, Lanning, Rouse o Lorenzo.

Frente a esa situación, no puede dejar de considerarse la “new archaeology”, particularmente en la versión de Binford, como una alternativa radical, históricamente más relevante que las posturas súper críticas y radicales posteriores, del posmodernismo, por ejemplo. Abrió el terreno a una época de fecundas discusiones teóricas, que cobran auge en los 80, polemizando con las propias posiciones de las arqueologías procesuales de la ya entonces “vieja nueva arqueología” (Gándara 1982).

No obstante, el número de arqueólogos que se ocupan de temas teóricos, a través de propuestas o críticas, sigue siendo mínimo. Y el porcentaje de colegas que son usuarios de las teorías actualmente en competencia, aplicándolas a sus trabajos de investigación, aún muy escaso. Por supuesto, no podría esperarse que la mayoría se dedicara a la producción teórica dado que el espectro de temas y problemas a cubrir es amplísimo y variado, tanto como las vocaciones y posibilidades reales de trabajo de los arqueólogos.

Pero resulta notable el hecho de que la gran mayoría de las investigaciones arqueológicas que se llevan a cabo a lo largo y ancho del continente americano siguen siendo inspiradas, sin mayor conciencia crítica por parte de los investigadores, en los lineamientos derivados de las antiguas posiciones particularistas históricas. Y, a pesar de la vitalidad de los debates teórico metodológicos que se dan en la disciplina, nuestra arqueología real sigue siendo abrumadoramente “tradicional” y su aparente modernización es el resultado de la mayor sofisticación de las técnicas y procedimientos de obtención y análisis inmediato de la información empírica. Es de-

cir, aún predomina un empirismo, por lo demás, bastante rudimentario que se presenta, en los mejores casos, “técnicamente sofisticado”.

Una otra circunstancia vino a reforzar esta situación en varios países de Centro y Sudamérica, y fue la instalación de dictaduras militares, cuya aversión a las ciencias sociales era abierta y sus métodos represivos brutales⁸. En ese contexto, el temor a la teoría se convirtió, literal y explicablemente, en terror. Del marxismo, desde luego, ni oír hablar. La reducción de las investigaciones al manejo de datos y producción o procesamiento de información empírica se convirtió en el refugio donde los arqueólogos podían aparentar su total “objetividad” y “neutralidad” como científicos.

Con la supuesta restauración de las “democracias”, el temor a la teorización no se ha perdido. Y , otra vez, se presentan distintas reacciones. En Brasil, por ejemplo, que comprende la mitad del territorio de Sudamérica, hay una profusión espectacular de publicaciones de información desde fines de los 70. Pero, ignoramos por qué, a diferencia de lo que ocurre en otras disciplinas de la ciencia social, la ausencia de producción o uso directo de teorías en la arqueología es casi total. Bastan los dedos de una mano para contar a los autores interesados en esa temática (Funari, Lima)⁹. En Argentina o Chile, en cambio, donde hay investigadores trabajando sobre cazadores recolectores, bien informados y usuarios de algunas de las teorías disponibles (p.ej., Politis, Mena y varios otros), la atención se ha centrado mayoritariamente¹⁰ en posiciones evolucionistas, ambientalistas o adaptacionistas, desplazándose los intereses y la especialización más bien al campo de las ciencias naturales, evitándose el involucramiento directo con los temas específicamente sociales. Y nadie arriesga la menor conjetura generalizadora sin la referencia compulsiva a los datos –considerados como “la evidencia”– por temor a ser tachado de “especulativo”, entendido como algo poco serio.

Hasta en Norteamérica se le perdió el miedo antes el marxismo, reestablecido el mito de la democracia después de un macartismo más distante y convenientemente olvidado¹¹.

En suma, compartimos la apreciación general de Politis sobre Latinoamérica, en cuanto al **predominio notable del empirismo**:

Firstly, Latin American archaeology is largely empiricist. Although there are a few original theoretical approaches, such as Latin American social archaeology [...] and serious attempts have been made to incorporate and develop North American and European methodological and theoretical perspectives[...], the practice of archaeology within the region remains heavily empirically grounded.¹²

El hecho es que, por razones diversas, predomina en la arqueología americana un empirismo que hace que los siguientes comentarios de Bunge, a propósito de las ciencias humanas, nos resulten cercanamente familiares:

... la teorización se considera frecuentemente como un lujo, y no se admite como ocupación decente más que la recolección de datos, o sea, la descripción. Y esto hasta el punto de que está de moda en esas ciencias oponer la teoría (como especulación) a la investigación (entendida como acarreo de datos). Esta actitud paleocientífica, sostenida por un tipo primitivo de filosofía empirista, es en gran parte la causa del atraso de las ciencias del hombre. En realidad, ese punto de vista ignora que los datos no tienen sentido ni pueden ser relevantes más que en un contexto teorético, y que la acumulación al azar de datos, e incluso las generalizaciones que no son más que condensaciones de datos, son en gran parte pura pérdida de tiempo si no van acompañadas por una elaboración teorética capaz de manipular esos resultados brutos y de orientar la investigación.¹³

2. La producción teórica

La arqueología americana no carece de investigadores que trabajen en la generación de propuestas teóricas para explicar distintos aspectos de las sociedades cazadoras recolectoras. Por el contrario, algunos de los más destacados investigadores en el tema son americanos o trabajan en instituciones americanas, como Binford, Wobst, Painter, Gilman y otros. Sin embargo, paradójicamente, la

mayoría de ellos no se ocupa, en sus investigaciones concretas, de la arqueología de los cazadores americanos, sino de los problemas del “paleolítico” del Viejo Mundo. Aunque algunos de ellos sí utilizan la etnografía americana como apoyo para la formulación de sus propuestas.

Por los comentarios que haremos sobre el uso de las teorías, queremos aclarar de antemano que no consideramos que ésto sea un defecto, pues estamos lejos de sostener un *chauvinismo* disciplinario o geográfico. Lo importante es contar con teorías disponibles y utilizables en la investigación, y no es relevante el que las propuestas provengan de la antropología, la sociología o la historia, ni en qué lugar del planeta sean formuladas, pues tampoco podemos dejar de considerar a los investigadores de instituciones no americanas que trabajan en o sobre América, realizando interesantes propuestas teóricas¹⁴.

Lo que sí es preocupante es que, habiendo teorías disponibles, el encasillamiento disciplinario sirva de pretexto para ignorarlas y prescindir de ellas en la realización de las investigaciones arqueológicas específicas sobre la mayor parte de nuestra historia o “prehistoria”, que fue protagonizada por esas sociedades concretas.

Variables para el análisis

En cuanto a la producción teórica disponible acerca de las sociedades cazadoras recolectoras, usada o potencialmente utilizable en la investigación de los procesos de poblamiento de América, nos limitaremos a sugerir algunas variables para su análisis y a anotar un par de ejemplos, ya que es una tarea que excedería largamente la extensión de este trabajo.

1) De acuerdo al nivel de generalidad distinguiremos entre:

a. *Metateorías*, para designar a aquellas que se formulan para un campo de realidad más amplio que el de la existencia de las sociedades humanas. Algunas de ellas explicitan formalizaciones particulares para el campo social. Entre las metateorías podríamos

mencionar a la Teoría General de la Evolución, la Teoría General de Sistemas o a la Dialéctica Materialista.

b. *Teorías sociales*, formalizadas explícitamente para dar cuenta de la organización y/o procesos de desarrollo de las sociedades humanas. Algunas se plantean como apartados particulares de metateorías, como el materialismo cultural o el materialismo histórico. Otras se refieren sólo a este campo de la realidad, como el funcionalismo o el estructuralismo.

c. Teorías particulares sobre las *sociedades cazadoras recolectoras*. Por lo general, aunque no necesariamente, son propuestas en el contexto de una teoría general de la sociedad. Y acá habrá que hacer un par de distinciones. En algunos casos, queda comprendida en un concepto que abarca a otros tipos de sociedades, como el de Modo de Producción Doméstico de Sahlins¹⁵ o el de Comunismo Primitivo (salvajismo y barbarie) en algunas versiones marxistas, que incluyen también a sociedades productoras de alimentos. En otros casos, no todas las sociedades con tecnoeconomía basada en la caza y recolección corresponderían a un mismo tipo de sociedad. Testart, por ejemplo, reserva el concepto de Comunismo Primitivo para sociedades de cazadores recolectores nómades sin almacenamiento y los distingue del modo de producción de aquellos sedentarios o semi sedentarios con almacenamiento¹⁶.

2) De acuerdo con la *cobertura* explicativa, podríamos distinguir

a. Teorías *integrales*, aquellas que dan cuenta de la totalidad social, integrando las diversas esferas de la vida social: la economía, las relaciones sociales, la reproducción, la institucionalidad, las concepciones o sistemas de ideas, etc.. Teorías de este tipo pueden ser consideradas las propuestas de Service o de Testart¹⁷.

b. Teorías *parciales*, formuladas para explicar determinadas esferas o niveles de relaciones de la estructura social, como la tecnoeconomía, el intercambio de bienes, el intercambio de información, las relaciones de parentesco, la cosmovisión, etc. No por

ello son menos importantes, ya que hay algunas que constituyen aportes cruciales para buscar respuestas a problemas determinados. Unas están formuladas como una concepción general (que se refiere a aspectos comunes de distintos tipos de sociedad) y otras son específicas para las sociedades cazadoras. Ejemplos de importantes contribuciones de este tipo son los trabajos de Wobst, en la definición de las “redes mínimas de apareamiento” o las conductas de intercambio de información, las distinciones de Meillassoux entre adhesión laboral y parentesco, acoplamiento y filiación o patrones de movilidad y residencia¹⁸.

También hay algunas teorías que, privilegiando sólo algunas dimensiones de la sociedad, limitan la explicación de la totalidad social a las mismas, aún cuando no pretendan explícitamente hacerlo. Es el caso de la propuesta de B. J. Williams [1974], *A model of band society*, que formula proposiciones para explicar aspectos relevantes de la demografía de las sociedades cazadoras recolectoras. Aunque, a diferencia de otros autores que basan sus explicaciones casi exclusivamente en variables medioambientales, Williams funda su modelo en la articulación, principalmente, de las variables socioculturales conceptualmente sistematizadas. Desafortunadamente es un texto poco utilizado por los interesados en el tema.

3) Otro aspecto que es necesario considerar es que hay concepciones teóricas en cuyo interior se han desarrollado diferentes *corrientes de pensamiento* que pueden llegar a ser incompatibles entre sí frente a determinados temas. En este sentido, no es lo mismo el funcionalismo de Parsons, Buckley o Luhman o los planteamientos marxistas de Mc.Guire, de Testart¹⁹, de los arqueólogos de la Universitat Autònoma de Barcelona, o de la llamada Arqueología Social Latinoamericana, para no hablar del que se ha denominado estructuralismo marxista de autores como Godelier o Rey.

4) Una otra distinción que suele hacerse tiene que ver con los *niveles* de la teoría y que también se distinguirían por el grado de generalidad y abstracción. Así, se han considerado como teorías

de *bajo nivel* a las que se refieren a lo que, en los estudios etnográficos, serían las conductas más cercanas a la observación empírica y que explicarían, entre otras cosas, los procesos deposicionales. Las teorías de *alto nivel* serían aquellas referidas a la abstracción de las regularidades que explicarían la organización general de la sociedad. Y, entre ambas, autores como Binford han propuesto la necesidad de inducir una “teoría de rango medio”, concepto tomado de Robert Merton (1992).

Un par de casos

A propósito de esto, solo mencionaremos un par de ejemplos, por cuanto nuestro objetivo no es el de realizar el análisis de la producción y uso de las teorías en las investigaciones prehistóricas americanas, sino solamente llamar la atención sobre la necesidad de reflexionar sobre el problema.

a. *La arqueología procesual binfordiana*. Como hemos señalado en otro lugar²⁰, a pesar de la indiscutible relevancia de la obra de Binford en el desarrollo de la arqueología en las últimas décadas, no ha llegado a conformar una posición teórica *consistente*, debido tal vez a la falta de una sistematización general que le habría permitido advertir incompatibilidades lógicas entre distintas afirmaciones expresadas a lo largo de su abundante producción científica, así como de algunos vacíos –a veces intencionales– que impiden la articulación coherente de sus diversas propuestas. No por ello deja de constituir una posición teórica que debe ser considerada.

En este sentido, nos remitimos al pormenorizado análisis realizado hace unos veinte años por Gándara, en el contexto de la discusión de la “nueva arqueología”, en el cual, respecto a nuestro autor concluye que:

... resulta ser una posición teórica altamente incongruente a todos los niveles: mezcla metodologías con objetivos distintos, confunde confirmación con corroboración, adopta posiciones relativistas autorrefutantes y las mezcla con una epistemología ecléctica en

donde el substrato final es el idealismo subjetivo. Al parecer, existe también una confusión sobre lo que las explicaciones nomológicas realmente son y sobre la naturaleza de las leyes que forman parte de ella. (Gándara 1981: 59)

Posteriormente, Binford (1989) clarifica adecuadamente su concepto de materialismo filosófico, pero no advierte que ello lo habría obligado a revisar y reformular muchos de sus planteamientos anteriores. A nivel de las metateorías, comparte planteamientos tanto evolucionistas como de la teoría de sistemas. En cuanto a la teoría general de la sociedad, participa de la ecología cultural así como del funcionalismo, lo cual se expresa en distintos textos, como el siguiente:

...una de las mayores confusiones que ha plagado a las ciencias sociales es la confusión entre las regularidades en la dinámica interna de los sistemas culturales (sincrónicas y funcionales–internas) y la naturaleza de las dinámicas que condicionan los cambios en la organización de los sistemas mismos y su diversificación y cambio evolutivo (diacrónicos y ecológico–externos).²¹

Acá nos referiremos a sus propuestas respecto a la ontología de las sociedades cazadoras recolectoras, en las que ha centrado la mayor parte de sus investigaciones.

Como es sabido, ha promovido reiteradamente la necesidad urgente de la arqueología de construir una teoría propia, “de rango medio”, que debería referirse a las actividades características de las sociedades cazadoras recolectoras y que permitiría explicar, de hecho, la formación de los contextos arqueológicos. Para lo cual habría que proceder a través de una estrategia nomológico deductiva, la cual debería consistir en partir de formulaciones generalizadoras, de las cuales se derivan implicaciones de prueba a ser contrastadas con la información empírica. No obstante, en su obra de 1983, *In pursuit of the past: decoding the archaeological record*²², nos dice que su manera de proceder consiste:

... en observar datos, reconocer modelos, tener intuiciones o ideas brillantes o aún simplemente revivir viejas nociones ya gastadas pero que sobrevivieron durante años... (1988: 115).

Las que luego deben ser evaluadas a través de métodos científicos. Por esa vía se podía anticipar, como lo hiciera Flannery, que sólo se conseguiría una colección de “leyes de Mickey Mouse” que difícilmente integrarían una teoría general. No obstante, no dejó de descalificar a quienes no respondieron a su convocatoria para elaborar la “teoría de rango medio”, a través de los procedimientos por él propuestos, afirmando que quienes se abocaron a otros temas incurrieran en “un pasatiempo inútil”, que “no contienen propuestas serias dentro de una disciplina científica” u otras consideraciones similares.

Ahora nos ofrece una nueva e importante obra con un conjunto de propuestas teóricas y metodológicas que se puede prever que será un modelo a seguir para muchos investigadores. *Constructing frames of reference* (2001) es un modelo de cómo se hace la “buena ciencia”²³. Por lo pronto su libro:

...is unapologetically written from a scientific perspective. *It is largely an exercise in inductive reasoning*, in that it asks questions regarding the character of the world of organized variability among ethnographically documented hunter–gatherers groups. (pág. 3, subrayado nuestro).

De hecho, desarrolla una estrategia metodológica explícita, paralelamente a la exposición de los resultados progresivos de su investigación. Comienza con un interesante análisis crítico del conocimiento previo aportado por algunos de los fundadores de la antropología a los que reconoce contribuciones pertinentes al tratamiento del tema, como Mauss, Steward, Service, Lee y De Vore, Sahlins o Kaplan, entre otros. Ello le permite seleccionar tópicos y conceptos que considera relevantes para orientar la búsqueda de patrones que conduzcan a generar explicaciones de la variabilidad

interna de los sistemas sociales. Entre ellos, los conceptos de banda, compartir (*sharing*), cooperación, tamaño del grupo, patrones espaciales de asentamiento y movilidad, mutualismo, manejo del riesgo y varios otros, que “demandan una investigación rigurosa”²⁴. Luego, a través de diversos procedimientos de correlación estadística, se da a la tarea de *identificación de patrones*, que le permitirán construir *marcos de referencia* sobre la variabilidad medioambiental, que le servirán para la contrastación de diversas variables sociales a través de las cuales analizará su base de información sobre 339 grupos de cazadores recolectores documentados etnográficamente. De esta manera, irá induciendo múltiples *generalizaciones*, planteando *problemas* y generando proposiciones que permitirían la explicación de la *variabilidad* y los *cambios* en distintos aspectos del sistema social. La contrastación sucesiva de marcos de referencia medioambientales y culturales le permite ir integrando patrones derivativos de segundo o tercer orden, accediendo a mayores niveles de generalización.

No llega a integrar una formalización teórica explicativa general acerca de las sociedades cazadoras recolectoras, pero ofrece una larga lista de proposiciones y explicaciones que deberían servir precisamente para lo que se propone: proporcionar marcos de referencia para que los arqueólogos puedan deducir implicaciones explicativas a contrastar con los registros arqueológicos. Suponemos que también a quienes estén interesados en continuar esa tarea de construcción teórica.

En lo general, es consistente con sus premisas en cuanto a que la explicación funcional–interna de la variabilidad y los cambios en los sistemas socioculturales se basaría fundamentalmente en variables medioambientales (ecológico–externas), como las características del hábitat y los cambios climáticos (principalmente niveles de pluviosidad e irradiación solar). Es interesante anotar que ha tomado un par de ideas importantes de algunos autores “posmodernos” de las nuevas teorías de la complejidad²⁵, como los conceptos de depen-

dencia sensible de las condiciones iniciales y emergencia de la complejidad, que adecuaba a su propia conceptualización.

b. La “*arqueología social latinoamericana*”. Aunque no compartimos esta designación, se trata de una serie de propuestas desarrolladas inicialmente por un grupo de investigadores latinoamericanos que se estructuran en torno a una línea particular de desarrollo de la teoría materialista de la historia, de orientación marxista. Probablemente para muchos no es una posición importante. Como dice Politis:

Outside Latin America the theoretical production of Latin American social archaeology has been largely ignored; only recently has it been discussed in Spain, Portugal and, to a much lesser extent, Great Britain. However, for the North American Marxist archaeologists the development of social archaeology has been an impressive achievement of the last twenty years and they attribute an important role to this school of thought in the recent history of the archaeology of Latin America (e.g. McGuire 1992; Patterson 1994). (Politis 1999: 7)

Pero, como se trata de la posición de la que participamos, abusaremos de los lectores haciendo una breve reseña de la misma. Se plantea como una posición teórica que pretende ser menos inconsistente que otras e integrar, en lo general, los distintos temas y problemas que atañen a la investigación arqueológica²⁶. Asume la dialéctica materialista como metateoría y, respecto a la teoría social, desarrolla una versión propia del materialismo histórico a partir de la formalización de sus categorías básicas y la introducción de conceptos nuevos, tanto a través de la categoría general de *sociedad concreta*, como de una propuesta general de periodización histórica²⁷. La categoría de sociedad concreta, entre otras cosas, integra los distintos “niveles” de la teoría, en una concepción unitaria de las distintas dimensiones de la existencia social expresada en la relación entre los conceptos de *formación social*, *modo de vida* y *cultura*. De la cual se deriva congruentemente una propuesta de *periodización tridimensional*.

Por lo que respecta a la teoría particular, en su artículo sobre *La arqueología de cazadores recolectores en América Latina*, Lanata y Borrero opinan que:

The language is different but, as far as hunter–gatherers are concerned, the result is a purely theoretical stance which is difficult to reconcile with the archaeological record. Archaeological interpretation by such researchers is, in addition, more in line with a Kulturkreiss mode of research than with anything else (see Bate 1983; Vargas Arenas and Sanoja Obediente 1992).

[...] Developments in relation to hunter gatherers adaptations were kept to a minimum, as Ardila Calderón (1992) has noted.

Con lo cual denotan un entendimiento notablemente limitado y erróneo, si no calumnioso, del texto citado, además de un desconocimiento de las propuestas específicas sobre el tema²⁸.

Hemos hecho una distinción entre las formaciones de cazadores recolectores pre–tribales y tribales, basada en el contenido de las relaciones sociales de producción, y desarrollado una propuesta particular sobre el modo de producción de las sociedades pre–tribales (Bate 1986).

Ésta, al igual que la de Binford –con quien compartimos una ontología y una heurística materialistas–, es aún una teorización parcial, referida a los aspectos básicos de la economía y las relaciones sociales de los cazadores recolectores. Consecuentes con la categoría general de formación social, actualmente trabajamos en la formalización de una concepción integral de las formaciones cazadoras recolectoras, que comprenda no sólo la instancia del modo de producción, sino también sus conexiones con el *modo de reproducción*, que integrarían la base del *ser social*, así como con las instancias superestructurales de la *institucionalidad* y la *sicología social* y el tratamiento de las complejas interacciones biosociales.

3. Usuarios de teorías

En la mayoría de nuestros países ocurre lo que, siguiendo a Politis, señalan Lanata y Borrero para Sudamérica:

The development of archaeological theory was slow in South America, with most of the practitioners in archaeology relying at best on schemes developed elsewhere. (Lanata y Borrero 1999: 77)

Como hemos visto, sería absurdo esperar que todos los investigadores tuvieran que producir teoría para poder llevar a cabo sus investigaciones. Esto es una cuestión de división del trabajo al interior de la disciplina. Y, así como hay una gran diversidad de orientaciones temáticas, hay también quienes prefieren el trabajo de campo, el de laboratorio, el trabajo interpretativo–explicativo, el desarrollo de aplicaciones metodológicas o de proposiciones teóricas. La mayoría de los investigadores trabaja preferencialmente en algunos de esos ámbitos, lo cual es perfectamente válido. Pero lo importante sería procurar la articulación de las distintas instancias de la investigación bajo posiciones teóricas o concepciones teórico–metodológicas consistentemente integradas.

Probablemente ésta es una de las mayores deficiencias de nuestras investigaciones prehistóricas. No obstante, tampoco puede decirse que la ausencia de uso de teorías es total, si bien la mayor parte de las investigaciones concretas teóricamente orientadas hacen un uso parcial de las teorías disponibles o manejan teorías parciales acerca de las sociedades en estudio.

Préstanos y retazos de teorías

Son diversos los casos en que las teorías científicas empleadas con el fin de proponer explicaciones para los fenómenos que son objeto de estudio de la arqueología han sido tomadas de escuelas de pensamiento derivadas de otras ciencias, comenzando por el evolucionismo del siglo XIX. Este intercambio teórico entre disciplinas científicas es, sin duda, necesario y puede ser fructífero. Sin

embargo, toda transferencia de postulados teóricos debe ser cuidadosamente analizada, puesto que, generalmente, una posición teórica determinada se desarrolla con el fin de explicar aspectos muy definidos de la realidad y sus enunciados básicos no siempre pueden aplicarse a otra clase de fenómenos.

Los conceptos derivados de determinadas posiciones teóricas suelen migrar hacia otras disciplinas de diferentes maneras:

1) En la forma más “blanda”, suele tratarse de la adquisición de términos o conceptos solamente como *metáforas*; en cuyo caso, sirven más a la reflexión filosófica que a una explicación estricta.

2) En otros casos, *algunos* procedimientos, conceptos “duros” o ideas clave de una teoría son utilizados en un contexto disciplinar diferente.

3) En una tercera posibilidad, cuerpos teóricos *completos* son aplicados a fenómenos para los cuales no habían sido enunciados inicialmente.

Un ejemplo de migración de conceptos entre disciplinas en forma de metáfora es el uso de la noción de *caos*, definido en forma dura para los estudios de fenómenos de turbulencia en fluidos pero que, como metáfora, se encuentra en la mayoría de los discursos de corte posmoderno de la década de los noventa. Como caso de un cuerpo teórico trasladado de manera íntegra a una nueva disciplina, podemos pensar en la aplicación que hace la primera sociobiología de la teoría neodarwiniana al estudio de las sociedades humanas. La alternativa intermedia en que *algunos* conceptos o elementos teóricos son trasladados a un contexto disciplinario completamente distinto, se encuentra en el desarrollo de los pocos modelos explicativos sobre las sociedades cazadoras recolectoras del continente americano.

En su nivel más pedestre, en los últimos 25 a 30 años se ha puesto profusamente de moda un préstamo terminológico que, sin contenido teórico real (es decir, explicativo), se ha empleado como comodín para organizar espacialmente la información arqueológica: las “adaptaciones”:

More often than not the adopted approaches confused theoretical innovations with technical advances, *or with the use of a jargon*. As a result, what were previously known as ‘traditions’ were updated and renamed ‘adaptative systems’. (Lanata y Borrero ob. cit.: 82, subrayado nuestro)

De lo cual hay innúmeros ejemplos²⁹, donde el término “adaptación” –con variantes a gusto del consumidor, como “sistema adaptativo”, “patrón adaptativo”, “estrategia adaptativa”– no implica más que la perogrullada (que bien podría ser falsa) de que si un grupo humano habitó un ámbito geográfico o ambiental, es porque se adaptó a él y que, cualesquiera sean los artefactos o patrones del registro arqueológico, evidencian dicha adaptación a los recursos del medio³⁰.

Por supuesto, no todas las propuestas son de ese nivel. De cualquier modo, representa un avance el que se multipliquen los estudios que desarrollan implicaciones de prueba para contrastar hipótesis derivadas de diversas propuestas teóricas. Aunque, como dice Bunge:

Un manojito de hipótesis sin coordinar, aunque siempre es mejor que la completa falta de hipótesis, puede compararse con un acúmulo de protoplasmas sin sistema nervioso. Es ineficaz, no ilumina nada y, además, no da razón de las efectivas interrelaciones que se dan entre algunas de las estructuras reales (leyes objetivas) El progreso de la ciencia supone siempre, en mayor o menor medida y entre otras cosas, un aumento de la sistematicidad o coordinación. (ob.cit.: 415)

Merecen una mayor atención otras propuestas teóricas de mayor alcance, debido a que no solo se han incorporado unos cuantos retazos de teoría, sino que se ha pretendido aplicar todo un *corpus* teórico generado en otras disciplinas en la resolución de los “problemas planteados por los materiales arqueológicos”. Recordemos que, contrario a lo que muchos colegas opinan, los materiales no pueden proponer nada, son cosas dadas; es solo desde el área de las valoraciones de la sociedad, el investigador y, en el mejor de

los casos, la posición teórica, donde se plantean los problemas de investigación pertinentes.

Tal es el caso de la aplicación de algunos principios de la ecología evolutiva y la ecología de poblaciones, campos de investigación desarrollados inicialmente para el estudio de grandes conjuntos de poblaciones animales y vegetales, que han sido empleados, con diferentes grados de éxito, en la interpretación de la relación del ser humano con el entorno en que vive. Cuando estas teorías, aunadas a la biología evolutiva, se han empleado para comprender procesos biológicos de largo alcance, han producido notables avances en el conocimiento del proceso de evolución humana. Como ejemplos, podemos anotar los estudios sobre adaptaciones morfológicas y fisiológicas de las poblaciones humanas a las grandes alturas de la región andina, la relación existente entre clima, dieta y braquicefalización, los patrones de morfología corporal en relación a la temperatura y la humedad, etc.. Todos estos son procesos microevolutivos en los que la adaptación se explica por un proceso de selección natural.

Existe una variedad de rasgos biológicos que se presentan en una población que no son condicionados por la selección natural, sino por deriva génica. Estos mecanismos explicativos resultan importantes e ineludibles cuando estudiamos características *biológicas* de las poblaciones humanas, aunque cada día es más evidente que la teoría biológica no es en modo alguno suficiente para explicar todas las pautas en evolución biológica que caracterizan al ser humano (cfr. Terrazas, 1998, 2001). Se hace, por lo tanto, necesario explicar los procesos evolutivos y revolucionarios de la organización de las sociedades humanas y sus manifestaciones culturales, en el corto y en el largo plazo, por sus propiedades internas.

Algunos autores han considerado, de manera explícita, que los principios de la teoría biológica, o alguna modificación funcionalista de la misma, son suficientes para explicar el desarrollo de la cultura humana. Tal es el caso de la definición de la cultura

como un conjunto de adaptaciones extrasomáticas al medio ambiente, comportamientos adquiridos por medios *cognitivos* (no hereditarios genéticamente), que forman parte de la adaptación de una población a su entorno ecológico. Esta postura clásica de la antropología funcionalista ha sido llevada a su extremo por autores que sostienen que los elementos de la cultura material (léanse evidencias arqueológicas) constituyen verdaderos componentes del *fenotipo* humano, por lo cual estarían sujetas a los mismos principios de mutación y selección natural que los órganos biológicos (cf. Lanata y Borrero, 1999). Por lo tanto, los patrones de distribución regional de diferentes artefactos líticos podrían explicarse en términos de dispersión, vicariancia, variación y selección entre cazadores recolectores, como los autores citados sostienen:

Functionalist views interpret diversity as adaptation to a changing resource base (op. cit., 81)³¹

Nos parece que estos modelos adolecen de dos grandes problemas que los hacen inoperantes para el estudio de los procesos de poblamiento temprano en América. El primero es que se trata de teorías que se encuentran bajo ataque en el propio campo de la teoría biológica y ecológica, precisamente porque resultan insuficientes para explicar la diversidad de la vida y, en segundo lugar, porque carecen de una definición de la sociedad humana y de la cultura que se corresponda con la realidad.

En efecto, los enfoques clásicos de la ecología evolutiva sostienen que la estructura de las comunidades ecológicas y su evolución, a lo largo del tiempo, es tan solo un producto pasivo de los procesos de adaptación y evolución que operan en cada una de sus poblaciones, en respuesta a los cambios ambientales, básicamente los climáticos (Foley 1984). Desde esta perspectiva, resultaría normal considerar que la evolución de las características culturales humanas produciría modificaciones como respuestas totalmente pasivas a los cambios del entorno. Sin embargo, se ha encontrado que

las comunidades ecológicas son capaces de una autoorganización mucho mayor de la que anteriormente se había supuesto. La evolución de las comunidades ecológicas no es una respuesta simple a los cambios del clima, sino que se trata de un proceso de interacción múltiple entre las poblaciones componentes. La capacidad de respuesta de una comunidad depende de su estructura interna y no de la direccionalidad impuesta por el ambiente. Es en el interior de la comunidad donde tenemos que buscar las causas de su evolución (Margulis 1995). Incluso se ha postulado que la estructura de las comunidades biológicas es capaz de modificar las condiciones del clima, llegando a una escala planetaria, formulada bajo el concepto teórico de Gaia (Lovelock, 1995).

Esta conclusión nos remite a la segunda problemática, que consiste en la inadecuada definición de la sociedad y la cultura humana en los enfoques funcionalistas. Principalmente, en los que el reduccionismo biológico es rampante, se presenta a la sociedad como un sistema cuya función es reproducirse y, para hacerlo, debe responder adecuadamente a los cambios del ambiente. Cuando sostienen que la cultura es la manera cómo estas sociedades se adaptan de manera pasiva a las presiones exteriores, están olvidando que la capacidad de respuesta, de cambio o permanencia cultural, no depende de las supuestas condiciones “modeladoras” del ambiente, sino de las características internas del sistema social (lo que hoy en día se conoce como capacidad *autopoiética*). Olvidan que es en el interior de las sociedades, y en su estrecha relación con las características biológicas de las poblaciones (la relación bio–social) que sustentan esas sociedades, donde debemos encontrar las explicaciones de las características históricas de esas sociedades.

Por otra parte, los modelos funcionalistas hacen caso omiso de la principal característica de la cultura humana y se trata de que las sociedades humanas no se adaptan al ambiente, sino que *se organizan* para modificar este entorno de acuerdo con sus necesidades. Aún en el caso de los grupos de cazadores recolectores de

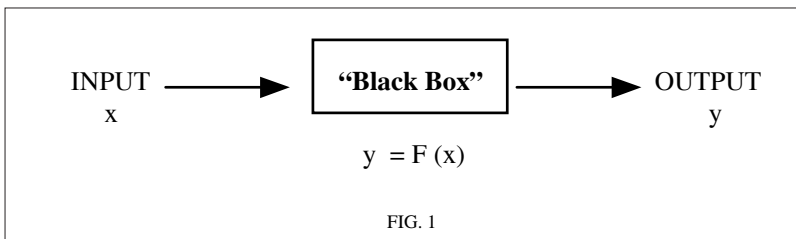
tecnología más simple, encontramos que su manejo cultural produce efectos de transformación a diversas escalas en el ecosistema en que viven. Esta capacidad transformadora, que ocurre de manera no intencional, pero que también implica una planeación por parte de los seres humanos (característica inexistente en la teoría biológica, y por lo visto, también en los modelos biologicistas de algunos colegas), es uno de los problemas centrales que deben explicar las ciencias humanas, y los modelos funcionalistas y “adaptacionistas” la ocultan haciendo lucir a la sociedad como una verdadera “caja negra”, como veremos.

“*Black box societies*”. Desde hace un tiempo, hemos venido usando la metáfora de la “caja negra” para referirnos a uno de los usos más frecuentes de las teorías por parte de nuestros colegas evolucionistas y adaptacionistas. Y, en un típico caso de “redescubrimiento”, encontramos a nuestro “predescubridor”³² en el uso de tal analogía, nada menos que en Edmund Leach, hace treinta años. Hace las mismas analogías que nosotros, aunque llega a conclusiones diferentes.

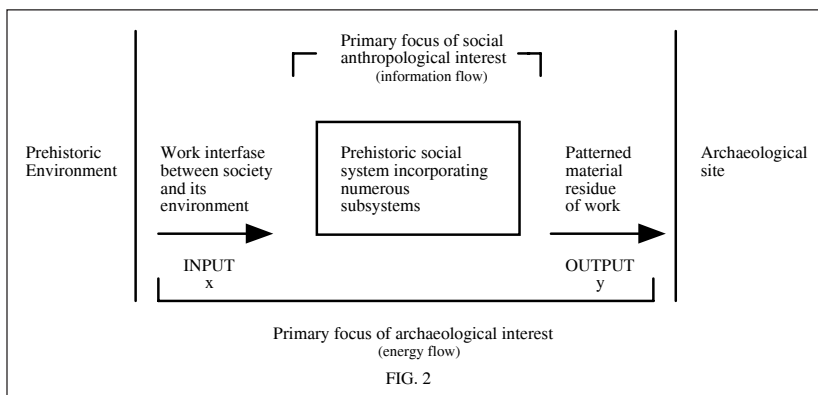
Dejemos que sea el mismo Leach quien nos resuma el concepto de “caja negra”:

A Black Box is any imaginary mechanism, the workings of which cannot be investigated. Notionally we can observe the input (x) to the Black Box and also the output (y). This may show us that the relationship between x and y is ordered and not random, i.e. that $y = F(x)$. In such circumstances we cannot infer with any confidence whatsoever what goes on inside the Black Box. (Leach 1973: 675)

Tal relación es esquematizada en la fig. 1



mostrando cómo operaría en el caso de las investigaciones antropológicas y arqueológicas en la figura 2. (Tomadas de Leach, págs. 765 y 766 respectivamente)



Anotaremos alguno de sus comentarios, que son pertinentes a nuestro tema

...these same “new” archaeologists –and I am thinking here of Professor Binford’s contributions to our present discussions– give the impression that they are naively optimistic. They appear to believe that, given sufficient scientific ingenuity and sufficient wealth of ethnographic parallels, they will not only be able to make inferences about x from a study of y, but further they will then be able to extend the study of x to a point at which they can reconstruct the structure of the internal organization of the Black Box itself.

This is an illusion. There are always an indefinitely large number of alternative ways in which particular human social systems might be adapted to meet particular ecological and demographic situations. It is quite untrue that forms of social organization are some ‘determined’ by the environmental situation and the cultural repertoire with which a particular group is equipped to encounter that environment. (ob. cit.: 767)

Pero pensamos que Leach incurre en un pesimismo poco sustentable al suponer que los sistemas sociales no son inferibles

para los arqueólogos. Y exhibe, por su parte, un optimismo notablemente ingenuo al argumentar que, si bien para la arqueología:

...the contents of the Black Box, social organization as the social anthropologist understands that term, must for ever remain a mystery. In contrast, the ethnographer–social anthropologist has no Black Box problem; he can observe the workings of the system at first hand, and that is always the focal point of his interest. y, which forms the data of archaeology, does not fall within the purview of social anthropologist at all. (pág. 767)

En efecto, la diferencia entre el etnógrafo y el arqueólogo consiste en que el primero puede observar directamente las manifestaciones *fenoménicas* del sistema social y el arqueólogo debe inferirlas. Pero en *ninguna* ciencia las regularidades del “sistema” o de la “estructura” que rigen en los distintos campos de la realidad se *observan*, ni “de primera mano” ni directamente³³. Si así fuera, es posible que uno de los primeros americanos fuera un Newton ya que, seguramente, desde hace muchos miles de años, los primeros *sapiens* observaban diariamente una multitud de manifestaciones de la existencia de la ley de gravedad. Del mismo modo, ni la estructura del parentesco, las relaciones de producción o las conexiones entre institucionalidad e ideología se revelan a la *observación* del sociólogo ni del antropólogo. Se trata de regularidades que sólo pueden ser conocidas a través de *inferencias racionales*, las que no se derivan ni espontánea ni necesariamente de la observación.

En lo que tiene razón Leach, específicamente en su crítica a Binford, es en cuanto al error de las premisas bajo las cuales se pretende elaborar una teoría social –de cualquier rango– sobre las sociedades cazadoras recolectoras consideradas ahistóricamente:

...I appreciate your difficulty as archaeologists; you would like to use the data of ethnography to give flesh and blood to your archaeological remnants. Used with great discretion, I believe that ethnographic evidence can help you to do this; but too far many of

the participants at the Seminar seemed to think that the analogies between the ethnographic society and archaeological society are direct... i.e. that the ‘primitive’ societies from the 20th century can be treated as fossilised survivals from proto–historical or even palaeolithic times. This is a very 19th century idea. (pág. 761)

Volviendo al tema que nos interesa –acerca del uso que se está haciendo de los préstamos teóricos entre los prehistoriadores americanos– hay que decir que no se trata de que busquen inferir x (las condiciones paleoambientales) a partir de y (el registro arqueológico). Más bien se opera al revés: se pretende que, dadas determinadas condiciones ambientales x , conocidas gracias a las disciplinas pertinentes (paleo climatología, arqueozoología, etc.) se podría *explicar* y , es decir las características del registro arqueológico, bajo el supuesto de que éstas son el efecto de un “sistema adaptativo” que es el que opera como una verdadera “caja negra”, es decir, *no se sabe cómo*. Y, bajo el supuesto de que lo que interesa es explicar la variabilidad y el cambio, lo más común es que se nos presenten correlaciones que nos muestran que “en la época tal cambió el clima, se modificó la composición y distribución espacial de la flora y la fauna, los cursos o niveles de las aguas *y*, como *consecuencia*, se modificó el patrón de asentamiento, o la distribución y composición porcentual de los artefactos”. Se subentiende que algo tuvo que ver la organización social, pero *no se sabe qué*, ni *por qué*. Es una buena manera de eludir el compromiso de tratar los temas específicamente sociales.

Lo que queremos es llamar la atención acerca de la notable falta de uso de *teorías sociales*, que expliquen no sólo las supuestas “adaptaciones” sino, en general, los distintos aspectos de los procesos sustantivamente histórico sociales. Se supone que la arqueología estudia “pueblos”, “culturas” o “sociedades” y es precisamente sobre lo cual se carece de teorías explícitas. De manera que los agentes del cambio no resultan ser los pueblos ni las sociedades sino, como lo diría explícitamente Binford, se trata de agentes

“ecológicos externos”. Con la diferencia de que este investigador sí asume, al menos y a su manera, la tarea de explicar las relaciones “funcionales internas” de las sociedades cazadoras recolectoras.

Para sintetizar este punto, podemos decir que, en cuanto a la “Prehistoria” en México, como en el resto de América, los muy abundantes estudios empíricos guardan una notable desconexión con la producción teórica que deberían servir de orientación e integración de la investigación sobre el tema. Y las excepciones, no muy numerosas, muestran en general una subutilización y retraso respecto a esa producción.

II. Las “teorías” sobre el poblamiento americano

Tal vez resultaría demasiado grandilocuente hablar, como se hace con mucha frecuencia, acerca de las “teorías” sobre del poblamiento americano. La mayor parte de las propuestas son conjeturas mejor o peor fundamentadas acerca de *quiénes* fueron, *cuándo*, *cómo* o *por dónde* ingresaron los primeros pobladores del Nuevo Mundo, escaseando las tentativas de respuestas a preguntas de tipo *por qué*³⁴.

Por lo demás, las caracterizaciones hipotéticas de esos pueblos se limitan a su posible filiación racial o a sus acervos artefactuales, fundamentalmente su industria lítica. Y no es que se trate de información poco relevante, pero el hecho es que no se sobrepasa el nivel de lo empíricamente observable. No hay hipótesis acerca de sus posibles formas de organización social, por ejemplo.

Para una síntesis del estado actual de los conocimientos y desconocimientos en torno al tema no nos remitiremos a las preclaras intuiciones del padre Joseph de Acosta y sólo mencionaremos de manera abusivamente breve los problemas que han orientado las investigaciones desde los comienzos de los trabajos “científicos” sobre la cuestión, para reseñar los aspectos más relevantes de los debates de las tres últimas décadas, que configuran la situación presente. Para una discusión más amplia de la historia de las propues-

tas, nos remitimos a trabajos anteriores (Bate 1983, 1990 y 1992a; también Lorenzo 1986).

El “hombre fósil” americano

La primera etapa de estas investigaciones se remonta a la primera mitad del siglo XIX, cuando el naturalista danés P.W. Lund reporta el hallazgo –en Lagõa Santa, Brasil– de osamentas humanas junto con restos de animales desaparecidos que mostrarían “haber pertenecido a una creación distinta a la que se presenta hoy a nuestra vista”. Asociación estratigráfica que confirma en 1843. Fue la etapa de búsquedas del “hombre fósil” americano, en que la cuestión en debate era si el hombre llegó a coexistir con fauna pleistocénica extinta en este continente. Polémica que alcanza un punto culminante con la propuesta de F. Ameghino –publicada en 1880, en París, en *La Antigüedad del Hombre en El Plata*–, rechazada por Ales Hrdlicka en 1911, quien no aceptaba ocupaciones del final del período glacial. Ambos planteamientos ya están largamente superados. Esa fase se cierra a fines de los años 20 y principios de los 30 del siglo XX, al aceptarse los hallazgos que confirman dicha coexistencia en el que se llamó “complejo Clovis–Portales” en Norteamérica y el “Período I” de Bird, registrado en las cuevas de Fell y Pali Aike, en el extremo sur de la Patagonia.

Culturas “primitivas” y “modernas”

Luego, desde mediados del siglo XX, se genera una serie de propuestas que, aunque se fundan en distintas orientaciones, comparten el objetivo particularista histórico de culminar con la elaboración de secuencias cronológico–culturales. Prácticamente todos los autores que formulan secuencias generales –de escala continental– coinciden en la distinción entre culturas de cazadores de tipo “primitivo” o “moderno”, basadas fundamentalmente en la morfología de las industrias líticas.

La pregunta central a la que responden tales planteamientos se refiere a si los primeros habitantes de América fueron pueblos atribuibles al Paleolítico Superior del Viejo Mundo o anteriores a él, del Paleolítico Inferior o Medio. Cuestión sin duda más relevante y de implicaciones más interesantes que el “debate Pre Clovis/Clovis First” (ver Bryan 2000). Y, en torno a ella, la mayoría de los autores proponía la presencia americana de poblaciones de tipo Paleolítico Inferior–Medio y, por lo tanto, anteriores a Clovis. Se trata del *Pre-projectile point* de A. Krieger (1964), del *Protolítico* de O. Menghin (1963) y de J. Schobinger (1988), los *Estadios I y II* de R. MacNeish (1976, 1977), las tradiciones de *lascas*, de *buriles* y de *bifaces* de G. Willey (1971), de acuerdo con Lanning y Patterson (1967), o el *Arqueolítico* de J.L. Lorenzo (1967, 1986), entre otros.

La debilidad capital de esas propuestas es que respondían a una interpretación errónea de las industrias líticas y carecían de confiabilidad de registros arqueológicos y cronológicos, implicando la imposibilidad de sostener la existencia real de esas supuestas entidades culturales, tal como habían sido definidas. Tema que, en su oportunidad, criticamos detalladamente para Sudamérica, aceptando unos cuantos registros confiables anteriores al 12.000 a.p., que incluyen a Monte Verde (Bate 1983).

Hacia comienzos de la década de los 80, las mencionadas secuencias pierden peso como sistemas de referencia, principalmente porque el desarrollo de investigaciones regionales con mejores técnicas y registros más confiables no las toman en cuenta. Pero son muy escasas las nuevas propuestas de alcance general (vg., Dillehay, Ardila, Politis y Beltrão 1992) y la discusión se vuelca hacia el tema más puntual de la cronología, posible proveniencia y rutas de ingreso de los primeros americanos.

El “debate Pre–Clovis/Clovis first”: una farsa mercadotécnica

La obra general más reciente sobre este tópico es *The settlement of the Americas* de Thomas Dillehay (2000), director de

las acuciosas investigaciones sobre el sitio de Monte Verde, en el sur de Chile. Esta nos da una buena idea de la orientación que han seguido la mayoría de las publicaciones de divulgación científica en los últimos años y de cómo se plantea la problemática en la actualidad.

Se ha puesto como centro de la “polémica” una controversia parroquial norteamericana acerca de si los primeros habitantes del Nuevo Mundo fueron los “paleoindios” que iniciarían con la cultura Clovis, o poblaciones anteriores a ella (el debate Pre–Clovis/ Clovis First). Donde Dillehay aparece como el adalid de la “nueva teoría”, echando por tierra a las “viejas teorías”, que suponían que los primeros pobladores de América habrían sido los portadores de la cultura Clovis, de supuesta filiación mongoloide³⁵, extendiéndose a una velocidad vertiginosa por todo el continente y arrasando con la megafauna, hasta el extremo austral.

Esto no corresponde a la realidad histórica de las últimas décadas de la arqueología americana –menos aún en Sudamérica– y tiene más apariencia de ser un buen recurso mercadotécnico, presentado como si fuera el centro de la gran polémica “teórica” en toda América. Es posible que haya servido para sensibilizar a las instituciones financiadoras pero, de hecho, la pregunta a que responde es mucho menos relevante que las cuestiones planteadas por las “teorías” anteriores.

Ocurre que la hipótesis de que la población Clovis fuera la primera de América nunca tuvo mayor trascendencia fuera de los EE.UU. y, fuera de ese país, muy pocos autores fueron conocidos por haberla sustentado, como V. Haynes, P. Martin o Th. Lynch. Tal propuesta *nunca llegó a ser predominante* en el resto de América.

En los hechos, como hemos visto, la gran mayoría de las “viejas teorías”, es decir, las que estaban en boga cuando se dan a conocer las primeras publicaciones sobre Monte Verde³⁶, proponían la existencia de poblaciones o “culturas” pre–Clovis.

Por supuesto, todo esto es algo que Dillehay sabe muy bien³⁷. No obstante, no sólo no se ha molestado en aclarar las cosas a sus

colegas norteamericanos que serían, en todo caso, quienes se pueden haber creído el mito de “Clovis first”, sino que él mismo presenta la cuestión como si fuera un debate de alcance continental³⁸. Lo único que llega a decir es que

Because many South American archaeologists did not see the North American Clovis theory as applicable to the Southern Hemisphere, they developed different and exiting ideas about the peopling of the Americas that are largely unknown in the English-speaking world³⁹.

Y, líneas más adelante

Only in recent years have North American archaeologists looked seriously beyond North America to study the origins of the first Americans.[Ibídem]

Lo cual ya no corresponde a la verdad, desde que varios autores norteamericanos ocupados del tema como Krieger, Willey, Rouse, Lanning y Patterson o Mac Neish siempre incluyeron la información latinoamericana disponible. Los últimos desarrollaron incluso algunos de los más importantes proyectos regionales en Perú, Chile, Ecuador o México, con respaldo de la Universidad de Columbia o la Peabody Foundation.

Pero otra afirmación errónea aparece desde la primera página del Prefacio (ob.cit.:XIII):

Many books have been written about the archaeology of the first North American and the processes that led to their arrival and dispersion throughout the Americas. *No such book exists for South America.* (Subrayado nuestro)

Difícilmente Dillehay desconoce la obra de Schobinger *Prehistoria de Sudamérica* (1988) que acepta Monte Verde, no porque sea un converso a “la nueva teoría”, pues sus planteamientos estaban ya claros en el libro anterior, de 1969. O nuestro trabajo *Comu-*

nidades primitivas de cazadores recolectores en Sudamérica (1983), para el cual tuvo la gentileza de enviarnos las fotos que ilustran Monte Verde. Creo que fuimos de los primeros en aceptar, en una obra general sobre los cazadores recolectores sudamericanos (sin haberlo cuestionado antes), al sitio de Monteverde –con una fecha de 12.500 años a.p.– como el más temprano del área meridional andina, seguido por Quereo y Tagua–tagua. Para no remontarnos al volumen sobre Sudamérica de *An introduction to American Archaeology* de Gordon Willey (1971).

Y el mito se construye, al buen estilo norteamericano, pasando de la modesta historia del ciudadano común al protagonismo continental:

...I thought Monte Verde probably dated in the late Ice Age, sometime between 11,000 and 10,000 years ago.

My colleagues and I were startled, however, when radiocarbon tests on the bone, charcoal from firepits, and wooden artifacts consistently yielded dates of more than 12,000 years ago. These dates were simply impossible. As a graduate student, I had been trained to believe (and never seriously question) that the first culture in the New World was the Clovis culture... (ob.cit.: XV)

Donde, de paso, nos informa de la mala formación que reciben los graduados norteamericanos en arqueología. Pero, ya en la siguiente página, no es sólo un defecto de la enseñanza local, pues se trata de que:

...Clovis represented one of the most deeply entrenched archaeological theories in the New World... (pág. XVI, subrayado nuestro)

Lo cual, como resulta evidente, es simplemente falso. Y cuando resume, más adelante:

What all this boils down to is the politics of science and the replacement of one paradigm by another (pág. XVIII),

Se trata de una aseveración que probablemente sea válida para el medio norteamericano, pero de ninguna manera para todo el Nuevo Mundo. Lo que ocurrió con Monte Verde fue lo mismo que pasó con la mayoría de las “viejas teorías” que proponían que *sí hubo* poblaciones pre–Clovis: que fueron sometidas a rigurosos cuestionamientos fácticos, debido a que la información en que se sustentaban las supuestas entidades culturales más antiguas carecían de confiabilidad, tanto de los registros como de las interpretaciones⁴⁰.

De manera que no faltó el capítulo de “Monte Verde under fire”, resistiendo a los múltiples ataques de los fundamentalistas “Clovis first”. Ni el del “gran jurado” que acaba por absolver a Dillehay de toda sospecha, con lo cual la “nueva teoría” triunfa finalmente sobre las “viejas teorías”. Y mientras tanto, han proliferado en casi todas las revistas de información científica, en la páginas de Internet o en las revistas y programas televisivos de divulgación, los apóstoles de la “nueva teoría”⁴¹.

Si todo esto ha permitido obtener buenos apoyos para la investigación habrán sido, al fin y al cabo, recursos bien invertidos⁴². Pero es poco justo que Dillehay, exceptuando a Bryan y Krieger, no cite a ninguno de los investigadores que, desde siempre, han propuesto el poblamiento de América por poblaciones pre–Clovis *en el contexto de dicha polémica*⁴³. Con lo cual aparece, al menos ante sus lectores norteamericanos, como el gran precursor radical de la “nueva teoría”, de la gran revolución paradigmática. Y el pretender poner el tema en el centro del gran debate del Nuevo Mundo, tiene todos los visos de ser una nueva modalidad de lo que, en su tiempo y en otras circunstancias, Evans y Meggers calificaban como “imperialismo” de la arqueología norteamericana en América Latina (Evans y Meggers 1973).

Por lo demás, el libro comentado contiene una buena síntesis actualizada de la información relevante sobre el tema. El argumento básico es correcto y está bien sostenido: hace unos 11.000 años ya existía en Sudamérica una tal diversidad cultural que resul-

ta absolutamente inexplicable a través de una colonización relámpago que se hubiera iniciado en Alaska unos 280 años atrás. Por lo tanto, compartimos su opinión de que el tema de la fecha del ingreso de los primeros grupos humanos a América queda abierto y bien puede remontarse a varios milenios antes de Clovis.

Se incorporan también a la obra los aportes relevantes proporcionados por otras disciplinas como la antropología física, los estudios genéticos o lingüísticos, como ya lo están haciendo otros autores (p.ej., Dixon 1999). Y, poniendo el ejemplo en cuanto a la necesidad de superación del empirismo llano predominante⁴⁴, incorpora la discusión de aspectos teóricos y de orientaciones temáticas más recientes. Pero, aunque hace aseveraciones como la de que

The environment should not, of course, be emphasized unduly: Although people's natural world is important, it is not so important that it overshadows their history. Physiography and climate can force people to change their mode of life, but even so these factors remain external to the history of a people. (pág. 45)

—que, por lo demás, seguramente compartirían muchos colegas en su línea⁴⁵—, en los hechos, sus planteamientos asumen eclécticamente aportes diversos, predominando un enfoque marcadamente ambientalista y adaptacionista. Es, con todo, la mejor síntesis actualizada de la información para los cazadores recolectores sudamericanos.

En realidad, si hemos considerado pertinente opinar —en tono impertinente⁴⁶— sobre este “debate”, es principalmente para destacar el hecho de que ha incidido en desviar la atención de las investigaciones sobre los temas más importantes que ya estaban planteados en la prehistoria americana, aún cuando fuera desde posiciones empírica y teóricamente bastante precarias.

La problemática del poblamiento americano

Dado que la cuestión de la existencia de *ocupaciones pre-Clovis en América debería considerarse una cuestión definitiva-*

mente resuelta, se trata de ver cuáles son los problemas que hoy debería enfrentar la investigación del tema. Muchos de ellos estaban esbozados ya, implícita o expresamente, antes del episodio poco relevante del debate en torno a Clovis; el cual, por lo demás, *no es un debate teórico*, sino estrictamente *empírico*: se trata de si existen o no existen datos confiables de ocupaciones humanas anteriores a las más antiguas dataciones asociadas a Clovis. Esta cuestión se resuelve simplemente con un par de registros bien documentados y fechados.

Estas cuestiones tienen que ver con la explicación tanto de problemas de los procesos de desarrollo y cambios en la historia de la evolución humana, como del tipo de sociedades que podrían estar implicadas en los procesos de poblamiento de nuestro continente. Lo que implica un cuestionamiento de la concepción general sobre el desarrollo de las sociedades.

En lo general, nos parece adecuada la forma como Bryan [2000] ha situado el problema. Se ponen en discusión afirmaciones acerca de qué tipo de *homo sapiens* habría integrado las poblaciones que alcanzan hasta el Nuevo Mundo. Y no sólo el hecho de si estos correspondieron tecnológicamente a “culturas Paleolíticas” en su estadio Inferior–Medio o Superior, sino incluso si esas clasificaciones corresponden a una secuencia histórica de validez universal.

Como tampoco cabría acá una caracterización general del “estado de la cuestión”, para lo cual existen varias síntesis recientes [p. ej., Dixon 1999, Dillehay 2000 o Chatters 2001] nos remitiremos a una síntesis de las alternativas abiertas a la discusión que hemos resumido en trabajos anteriores, subrayando aquellas que nos parecen más probables⁴⁷.

Nos basamos –al igual que Dillehay– en una síntesis de la información arqueológica sobre cazadores recolectores sudamericanos, de donde concluimos que hace unos 12.000 años todo el continente meridional estaba ya ocupado por tres poblaciones *culturalmente* diferenciadas, que correspondían a distintos *modos*

de vida, entendidos estos como desarrollos particulares de formaciones sociales pre–tribales, que implicaban distintas estrategias de utilización y transformación de una diversidad de medioambientes y de organización de sus relaciones sociales.

En la dimensión *cultural*, dos de esos modos de vida, los de los “antiguos cazadores recolectores panandinos” y los “cazadores recolectores australes”, considerando las enormes distancias geográficas implicadas, aceptarían – como los materiales de Meadowcroft o Cactus Hill y de las posteriores poblaciones del llamado “complejo El Llano”, incluyendo a Clovis– comparaciones tipológicas con algunas variantes musteroideas que podrían estar en la base de las secuencias euroasiáticas de los paleolíticos medio y superior. Una tercera población, la de los “cazadores del trópico americano” –que, de acuerdo con la información actual, presentaría los registros más antiguos en Sudamérica – presentan en cambio una tipología artefactual y una racionalidad en la explotación del medio notablemente diferente. Donde la apariencia de mayor simplicidad y “generalidad” no corresponde a una menor eficiencia económica.

Habría que esperar que se contrastaran adecuadamente las hipótesis acerca de un *sapiens* moderno situado hace unos 75 milenios en el noreste de Africa (la “Eva africana”) extendiéndose por el sureste asiático (hacia la hipotética “Sundaland”), por una parte. Pero también una otra población –originalmente la misma o distinta– avanzando hacia el norte y noreste y que podría estar igualmente involucrada en el desarrollo de la “revolución del Paleolítico superior” europeo (Gilman 1984). De ser así, tendríamos dos poblaciones en posibilidad de haber ingresado a América por Beringia. Nos parece más probable –aunque no tendría que ser necesariamente así– que la primera población proviniera del sureste asiático sin poder argumentar claramente una cronología aproximada, aunque bien pudiera ser cercana o algo superior a 40 milenios. La otra podría corresponder a una población relacionada con una “tradicción musteroide”–“paleolítico superior”. Dependería de las fechas

de ingreso a América y de la temporalidad de los procesos que habrían tenido lugar en el centro–noreste asiático, la caracterización de la organización social que éstas habrían tenido al poblar el Nuevo Mundo. Pues una de las implicaciones de la discusión sobre las fechas de tal evento sería saber si se trataba de cazadores del “paleolítico” medio o superior. Y, aunque ya no estaría ligado directamente a esa secuencia⁴⁸, queda pendiente el problema de cómo caracterizar al tipo de *sapiens* que fuera el primer ancestro americano.

Lo que parece claro es que, aún los antecesores de las diversas poblaciones contemporáneas de Clovis, habrían entrado antes de la reapertura del corredor lauréntido–cordillerano. En cualquier caso, tanto la hipótesis del ingreso costero (Fladmark, Dixon, Bryan), como la del puente continental, requerirán de mayores argumentaciones y apoyos empíricos⁴⁹.

Hemos sostenido que la tradicional secuencia centroeuropea de los paleolíticos inferior–medio–superior no puede ser sustentada como una periodización histórica universal, tanto por las variables que se han manejado en su formulación, como por no permitir dar cuenta empíricamente de las “anomalías” asiáticas o americanas. Pensamos que es necesario replantear teóricamente los sistemas de hipótesis que permitirían explicar, como una totalidad, las estructuras y procesos de desarrollo de las sociedades antiguas de cazadores recolectores.

Y, aunque aún no tenemos elementos de juicio para afirmar desde qué momento quedan claramente estructuradas las formaciones sociales que hemos denominado pre–tribales, proponemos que todas las sociedades concretas americanas para las cuales tenemos algo de información a partir de hace unos doce milenios –y que, claramente, no corresponden al primer momento del poblamiento americano– ya podrían ser categorizadas de esa manera. Por lo que queda abierta la posibilidad de que su constitución como tal fuera un proceso resuelto en el Viejo o en el Nuevo Mundo⁵⁰. Y las alternativas podrían ser distintas en el caso –que nos parece más probable– de que hubiéramos tenido más de una inmigración pleistocénica.

Notas

- * Bunge 1969: 417.
- ** Dirección de Salvamento Arqueológico del INAH: “Arqueología de mi corazón”, Documental de entrevistas videograbadas. México, 1995.
- ¹ Entretanto, hay que registrar la desaparición del antiguo Departamento de Prehistoria del Instituto Nacional de Antropología e Historia de México. Circunstancia que pasó más o menos inadvertida, pues no causó ningún impacto en las investigaciones sobre el tema.
- ² Seminario *Orígenes del Hombre Americano*, realizado en 1987 en el Museo Nacional de Antropología, entonces bajo la dirección de Eduardo Matos.
- ³ Obra citada: 413. Hemos tomado varias referencias de la obra *La investigación científica* de Mario Bunge, autor que no puede calificarse de marxista –concepción de la que participa la posición que adoptamos–, por cuanto sus opiniones encontrarán mayor aceptación en los medios académicos. Por supuesto, las citas que tomamos de él se refieren a afirmaciones con las cuales concordamos.
- ⁴ Obra citada: 416. Subrayados (cursiva) nuestros.
- ⁵ Nos estamos refiriendo al concepto de posición teórica acuñado por Gándara (1993 y 1994), como un instrumento de evaluación que permitiría una opción racional entre teorías. Ver también Bate 1998: 24–30.
- ⁶ En este sentido, la versión staliniana de la sucesión de modos de producción –adoptada por los “marxismos oficiales”– asume una postura claramente evolucionista decimonónica, en pleno siglo XX.
- ⁷ O ciclos culturales entendidos como “sistemas de isoidas”, en el caso de Bórmida (1954).
- ⁸ Como dijo el 11 de septiembre de 1973 uno de los oficiales que allanaron la Universidad Técnica del Estado en Santiago de Chile (donde fueron asesinadas cerca de 400 personas), metralleta en mano frente al Departamento de Ciencias Sociales

de la Facultad de Ingenieros Industriales: “se acabó esta huevada de las ciencias sociales, acá hay que enseñar Historia y Geografía” (historia oficial de las “glorias militares”, por supuesto. Com. pers. Dr. Guillermo Yáñez).

⁹ J.A. dos Reis 2001.

¹⁰ Con algunas excepciones: p.e. Llamazares y Slavutzki (1990), Alvarez y Fiore (1993), Zarankin y Acuto [Eds.] 1999.

¹¹ Para la Tierra del Fuego chileno–argentina, hay que mencionar la síntesis de la etnografía sobre los Selk’nam publicada en España por Anne Chapman [1990], quien adopta el materialismo histórico como sistema conceptual de referencia.

¹² Gustavo Politis 1999: 2.

¹³ Bunge ob.cit: 416; cursivas nuestras. Cabe hacer notar que nosotros utilizamos el término *dato* para referirnos a la realidad observable, existente con independencia de nuestro conocimiento y entendemos a la *información* como el conocimiento empírico elaborado a partir de la observación, es decir, el resultado comunicable de nuestra subjetiva experiencia sensible. Teniendo clara esta distinción, Bunge, como otros autores, usa el término de “dato” para referirse a nuestro concepto de información empírica.

¹⁴ Como, por ejemplo, Estévez y Vila 1998.

¹⁵ M. Sahlins 1977: *La economía de la Edad de Piedra*.

¹⁶ Ver Alain Testart 1982 y 1985.

¹⁷ Ver, por ejemplo, Service 1973 o Testart 1985. Aunque sus propuestas no se reducen sólo a estos trabajos.

¹⁸ M. Wobst 1974, 1976a y 1976b; C. Meillasoux 1977.

¹⁹ La línea de McGuire, que incluye a otros autores como Marquardt o Crumley se autodenomina marxista hegeliana, adjetivo que enfatiza la necesidad de retomar la dialéctica, aunque no deja de incurrir en planteamientos idealistas [ver Bate y Nocete 1993]. Testart, en cambio, se considera hegeliano, aunque en su análisis notablemente preciso y detallado de la economía de las sociedades cazadoras recolectoras muestra un manejo fluido de las categorías del materialismo histórico [Testart 1985].

- ²⁰ “*Del registro estático al pasado dinámico*”: entre un salto mortal y un milagro dialéctico. [Bate 1992b]
- ²¹ Binford [1982: 97], en sus comentarios al ensayo de R. White.
- ²² Manejaremos la traducción al español como *En busca del pasado*, de 1988.
- ²³ Quedamos advertidos de que “*Theory building is not for sissies! It is a rigorous, time-consuming process, and there is no guarantee that a comprehensive, defensible theory will result from the effort that has been invested in its development. Thankfully, intellectual tactics do exist that can make the process less daunting, as a review of the sequence of steps I have taken in this study far will illustrate*” [pág. 243].
- ²⁴ Curiosamente, aunque está citado en la bibliografía, no discute en el texto más que de paso, la relevancia de la obra de Testart para quien las variables de reducción de *movilidad* y *almacenamiento* son fundamentales en la distinción entre dos modos de producción diferentes entre los cazadores recolectores y que jugarán también un papel crucial en su explicación de los procesos de intensificación productiva y emergencia de los “sistemas complejos” en estas sociedades.
- ²⁵ Cita expresamente a autores como Prigogine, Gleick, Lewin o Waldrop.
- ²⁶ Como afirma Eli de Gortari al referirse a los criterios de compatibilidad y completud: “...estos dos requisitos no pueden ser cumplidos plenamente por sistema alguno, ni siquiera dentro del más estricto formalismo lógico, porque las consecuencias deducibles de los elementos ya determinados de un sistema siempre son infinitas e inagotables” [1970: 19].
- ²⁷ Ver una síntesis general en Bate 1998.
- ²⁸ Por supuesto, estos comentarios merecerán oportunamente una discusión que acá no cabría. Por lo que se refiere a la opinión de Ardila, está en lo cierto: no somos *adaptacionistas*. Pero el estudio de las “adaptaciones” no es lo único que hay en la arqueología, si es lo que supone (ver nuestros comentarios al respecto en Bate 1992: 81). Igual podríamos decir que sus contribuciones respecto a los *modos de producción* o *forma-*

ciones sociales de los cazadores recolectores se reducen al mínimo, lo cual no tendría caso.

- ²⁹ Una de las pocas propuestas generalizadoras sobre los cazadores sudamericanos en la pasada década [Dillehay, Politis, Ardila y Beltrão 1992] no escapó a esa moda.
- ³⁰ Lo cual nos puede llevar a descubrimientos notables como que las redes, anzuelos y arpones de la costa del Pacífico muestran “adaptaciones marítimas” o las puntas de proyectil, cuchillos, raederas y raspadores donde había camélidos, evidencian “adaptaciones de altura”. En casos más complicados, la ausencia de puntas líticas bifaciales en algunas zonas selváticas, se debe a que se las hacía de madera o hueso, materiales perecibles que no aparecen en los registros pero indican “adaptaciones a las selvas tropicales”. Creemos que resultaría odioso abundar en citas de ejemplos concretos.
- ³¹ En realidad, la variabilidad se origina de manera aleatoria y la selección opera reduciendo la diversidad.
- ³² Véase estos conceptos en R. Merton 1992: 25 y ss.
- ³³ El mismo Leach ha hecho esta distinción a través de los conceptos de “cultura” y “estructura social”.
- ³⁴ A lo más, se limitan a explicaciones del tipo de que ingresaron por la costa o por un posible corredor lauréntido *porque* el resto del continente habría estado cubierto por casquetes glaciares.
- ³⁵ Hoy en día, gracias a los importantes avances en los estudios genéticos, se sostiene que las poblaciones atribuidas al “paleoindio”, no compartirían las características mongoloides de las poblaciones “amerindias”, las cuales se generalizarían después del 9000 a.p. [p.e.: Powell, Neves, Ozolins y Pucciarelli 1999].
- ³⁶ Dillehay 1981, Collins 1981.
- ³⁷ Dillehay, com. pers, en reunión de convivencia con arqueólogos asistentes al XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina en Córdoba, 1999.
- ³⁸ Tal vez no está demás aclarar que cuando usamos el adjetivo *americano*, entendemos que América se extiende desde

Alaska a Tierra del Fuego (además de la Antártida) y, cuando nos referimos al continente se trata de toda América.

³⁹ Dillehay 2000: XIV.

⁴⁰ Ver Bate 1982, 1983 y 1990. Donde quedará, además, suficientemente claro que nunca sustentamos la idea de que la primera población americana fuera Clovis. Desde un principio aceptábamos fechas anteriores a 12.000 a.p. para El Abra, El Jobo [Taimataima], Huargo, Sitio do Meio, Santana do Riacho, o Los Toldos, para mencionar algunas.

⁴¹ Hasta en una revista para pasajeros de una línea aérea sudamericana, el traductor(a) de un artículo publicado originalmente en *Discover Magazine* –seguramente alguien más o menos informado sobre el tema– se toma la libertad de enfatizar el punto a su manera: “...un grupo de arqueólogos llegaron a un punto de consenso de que el cercano sitio de Monte Verde tenía 12.500 años de antigüedad. Esa concordancia de opiniones invalidó la vieja teoría de que los primeros americanos fueron los pobladores de Clovis...” Y, más adelante, “...hasta los más acérrimos enemigos de la nueva teoría quedaron atraídos con los hallazgos.” [Shanti Menon: Los primeros del continente/First settlers on the continent, *Ladeco Magazine*, pp. 57–63, enero–febrero del 2000].

La versión original en inglés dice: “...a dozen archeologists toasted the passing of a paradigm. They have finally accepted that the nearby site of Monte Verde was 12.500 years old. In doing so, they put to rest the long–standing theory that the first American were the Clovis people”. Luego “...even the staunchest skeptic was converted”.

⁴² Sin lugar a dudas, mucho mejor invertidos y menos costosos que cada misil “inteligente” con los que se están asesinando “colateralmente” a miles de civiles afganos. Sirva esta comparación desproporcionada para evaluar la importancia que las instituciones otorgan a la investigación arqueológica.

⁴³ A Schobinger, por ejemplo, sólo lo menciona en la larga lista de colegas sudamericanos a los cuales agradece la oportunidad

de haber discutido o conocido de primera mano la información sobre el registro arqueológico del Pleistoceno tardío.

- ⁴⁴ Inquietud manifiesta en textos anteriores, como el ya citado de 1988, en que participa de las críticas de la corriente ontologista de la arqueología postprocesual, frente al reduccionismo metodológico de la *New Archaeology*. Aunque toma de Kaplan [1984] los planteamientos sostenidos por investigadores del RATS [Radical Archaeology Theory Seminar] en el libro editado por Keene y Moore *Anthropological hammers and theories* [1983].
- ⁴⁵ También nosotros estamos de acuerdo con tal afirmación.
- ⁴⁶ Que, esperamos, se entienda que no tiene más intención que la de ser un recurso polémico.
- ⁴⁷ Bate 1992a. Propuesta que retomamos y actualizamos para un proyecto de investigación [Bate y Terrazas 2001] que presentamos a CONACYT y que fue categóricamente rechazado, bajo el argumento principal de que era “muy ambicioso y, por lo tanto, inviable”. Independientemente de la calidad del proyecto, de tal argumento, deberíamos deducir que nuestras instituciones están más bien interesadas en promover la mediocridad, o que las instancias evaluadoras de la principal institución promotora de la investigación científica en México reflejan una situación de las investigaciones prehistóricas más deplorable que lo que queremos imaginar.
- ⁴⁸ Y, por lo tanto, no se estaría implicando la eventual participación de neanderthales.
- ⁴⁹ Por ahora, nos parecen bastante razonables los argumentos de Strauss [2000] respecto a la hipótesis de la “conexión solutrense” por vía atlántica, aunque habrá que esperar a la publicación que estarían preparando Stanford y Bradley.
- ⁵⁰ Ramos Muñoz [1999] opina que, en Europa, ya las poblaciones neanderthalenses, al menos al final del Paleolítico Medio, presentarían algunas características de organización como cazadores recolectores pre-tribales.

Reseñas bibliográficas

- Álvarez, Myrian y Dánae FIORE. 1993. La arqueología como ciencia social: apuntes para un enfoque teórico epistemológico. *Boletín de Antropología Americana*, n° 27, pp. 21-38.
- Anderson, D. y Ch. Gillam. 2000. Paleoindian colonization of the Americas: implications from an examination of physiography, demography and artifact distribution. *American Antiquity*, vol 61, n° 1, pp. 43-66.
- Bate, Luis Felipe. 1982. Sobre el poblamiento temprano de Sudamérica. *Actas*, del X Congreso de la UISPP [1981], pp. 423-427. México.
- Bate, Luis Felipe. 1983. *Comunidades primitivas de cazadores recolectores en Sudamérica*. Historia General de América, tomos 2-I y 2-II. Ediciones de la Presidencia de la República. Caracas.
- Bate, Luis Felipe. 1986. El modo de producción cazador recolector o la economía del “salvajismo”. *Boletín de Antropología Americana*, n° 13, pp. 5-31.
- Bate, Luis Felipe. 1990. Culturas y modos de vida de los cazadores recolectores en el poblamiento de América del Sur. *Revista de Arqueología Americana*, n° 2, pp. 89-153.
- Bate, Luis Felipe. 1992a. Las sociedades cazadoras recolectoras pre-tribales o el “paleolítico superior” visto desde Sudamérica. *Boletín de Antropología Americana*, n° 25, pp. 105-155.
- Bate, Luis Felipe. 1992b. “Del registro estático al pasado dinámico”: entre un salto mortal y un milagro dialéctico. *Boletín de Antropología Americana*, n° 26, pp. 49-67.
- Bate, Luis Felipe. 1998. *El proceso de investigación en arqueología*. Ed. Crítica. Barcelona.
- Bate, Luis Felipe. 1999. Comunidades andinas pre-tribales: los orígenes de la diversidad, En: Historia de América Andina, vol. 1 *Las sociedades aborígenes* [L. Lumbreras Ed.], cap. II, pp.77-108. Universidad Andina Simón Bolívar. Quito.

- Bate, Luis F. y Francisco Nocete. 1993. Un fantasma recorre la arqueología (no sólo en Europa). *Arqcrítica*, n° 6. Librería Tipo. Madrid.
- Bender, Barbara y Brian MORRIS. 1990. Veinte años de historia, evolución y cambio social en los estudios sobre cazadores recolectores. *Gens*, Boletín de la Sociedad Venezolana de Arqueólogos, vol. 4, n° 2. Caracas.
- Binford, Lewis. 1988. *En busca del pasado*. Ed. Crítica. Barcelona.
- Binford, Lewis. 1989. *Debating archaeology*. Academic Press. San Diego.
- Binford, Lewis. 2001. *Constructing frames of reference. An analytical method for archaeological theory building using ethnographic and environmental data sets*. The University of California Press. Berkeley.
- Bonnichsen, R. y D. Steele [Eds.]. 1994. *Methods and theory for investigating the peopling of the Americas*. Oregon State University. Corvallis.
- BRYAN, Alan. 2000. The original peopling of Latin America En: Historia general de América Latina, vol. 1. *Las sociedades originarias*, Capítulo 2. Col. UNESCO.
- Versión *online*: http://www.unesco.org/culture/latinamerica/html_eng/chapter.htm (last update 30/10/00).
- Bryan, Alan [Ed.]. 1978. *Early man in America from a Circumpacific perspective*. Archaeological Researches International. Edmonton.
- Bryan, Alan [Ed.]. 1986. *New evidence for the pleistocene peopling of the Americas*. Center for the Study of Early Man. Orono.
- Bunge, Mario. 1969. *La investigación científica. Su estrategia y su filosofía*. Editorial Ariel, Barcelona.
- Burnham, Philip. 1973. The explanatory value of the concept of adaptation in studies of culture change. En: *The explanation of culture change: models in prehistory*. Colin Renfrew [Ed.], pp. 93–102. Duckworth, Liverpool.
- Cavalli-Sforza, Luca. 1998. *Genes, pueblos y lenguas*. Col Drakontos. Editorial Crítica. Barcelona.

- Chapman, Anne. 1990. Economía y estructura social de la sociedad Selk'nam (Tierra del Fuego). En: *Culturas indígenas de la Patagonia*, J.R. Bárcenas [Ed.]; pp. 171–199. Quinto Centenario, Turner. España.
- Chatters, James. 2001. *Ancient encounters. Kennewick man and the first americans*. Simon & Schuster. New York.
- Collins, Michael. 1981. The implications of the lithic assemblage from Monte Verde. X Congreso de la UISPP, Comisión XII: *El poblamiento de América*. México.
- Dillehay, Thomas. 1981. Early man in south-central Andes: Monte Verde. X Congreso de la UISPP, Comisión XII: *El poblamiento de América*. México.
- Dillehay, Thomas. 1988. Un ensayo sobre el reduccionismo metodológico y la “ley del instrumento” en la arqueología norteamericana. *Revista Etnia*, n° 33, pp. 3–16.
- Dillehay, Th., G. Ardila, G. Politis y M^a. Beltrão. 1992. Early hunters and gatherers of South America. *Journal of World Prehistory*, vol. 6, n° 2, pp. 145–202.
- Dixon, James. 1999. *Bones, boats & bison*. University of New Mexico Press. Albuquerque.
- Dixon, James. 1998. Tierra del Fuego, lugar de encuentros. *Revista de Arqueología Americana*, n° 15, pp. 187–219.
- Evans, Clifford y Betty Meggers. 1973. United States “imperialism” and Latin American Archaeology. *American Antiquity*, vol. 38, n° 3, pp. 257–258.
- Foley, Robert. 1984. Putting people into perspective: an introduction to community evolution and ecology. En: *Hominid evolution and community ecology*. Academic Press. New York.
- Frison, George. 1990. The north high plains Paleoindian: an overview. *Revista de Arqueología Americana*, n° 2, pp. 9–54.
- Gándara, Manuel. 1980. La vieja “nueva arqueología”. [primera parte] *Boletín de Antropología Americana*, no 2, pp. 7–45.
- Gándara, Manuel. 1981. La vieja “nueva arqueología”. [segunda parte] *Boletín de Antropología Americana*, no 2, pp. 7–70.

- Gándara, Manuel. 1993. El análisis de posiciones teóricas: aplicaciones a la arqueología social. *Boletín de Antropología Americana*, n° 27, pp. 5–20.
- Gándara, Manuel. 1994. Consecuencias de la adopción de una ontología de la cultura: una perspectiva desde la arqueología. En: *Metodología y cultura*, González y Galindo [Eds.]. Col. Pensar la Cultura. Conaculta. México.
- Gassiot, Ermengol. 2000. *Anàlisi arqueològica del canvi cap a l'exploració del litoral*. Tesis Doctoral. Departament d'Antropologia Social i Prehistòria. Universitat Autònoma de Barcelona. Barcelona.
- Gilman, Antonio. 1984. Explaining the Upper Palaeolithic revolution. En: *Marxist perspectives in archaeology*, M. Spriggs [Ed.]. Cambridge University Press. Cambridge.
- Gilman, Antonio. 1989. Marxism in american archaeology. En: *Archaeological thought in America*, Langberg–Karlowsky [Ed.], pp. xxx, Cambridge University Press. Cambridge.
- Gortari, Elí de. 1970. *El método dialéctico*. Colección 70, n° 93. Grijalbo. México.
- Haynes, Vance. 1969. The earliest americans. *Science*, vol. 166, pp. 709–715.
- Keene, Arthur y James Moore. 1983. *Anthropological hammers and theories*. University of New Mexico Press. Albuquerque.
- Kelly, Robert. 2000. Elements of a behavioral ecological paradigm for the study of prehistoric hunter–gatherers. En: *Social theory in archaeology*, M. Schiffer [Ed.], cap. 5, pp. 63–78. F.A.I., Univ. of Utah Press. Salt Lake City.
- Lanata, José Luis y Luis Alberto Borrero. 1999. The archaeology of hunter–gatherers in South America. En: *Archaeology in Latin America*, Politis y Alberti [Eds.], pp. 76–89. Routledge, London & N.Y.
- Lanning, Edward y Thomas Patterson. 1967. *Scientific American*, vol. 217, n° 5, pp. 44–50.
- Leach, Edmund. 1973. Concluding address. En: *The explanation of culture change: models in prehistory*. Colin Renfrew [Ed.], pp. 761–771. Duckworth, Liverpool.

- Lee, Richard e Irven De Vore. 1968. *Man the hunter*. Aldine Publishing Co. Chicago.
- Llamazares, Ana María y Ricardo Slavutzky. 1990. Paradigmas estilísticos en perspectiva histórica: del normativismo culturalista a las alternativas postsistémicas. *Boletín de Antropología Americana*, n° 22, pp. 21-45.
- Lorenzo, José Luis. 1986. *La etapa lítica en Norte y Centroamérica. Sobre los orígenes del hombre americano*. Historia General de América, tomo 5. Ediciones de la Presidencia de la República. Caracas.
- Lorenzo, José Luis. 1994. La première colonization du Nouveau Monde. *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, t. 91, n° 4-5, pp. 342-346.
- Lovelock, James. 1998. *Gaia*. Tusquets. Barcelona.
- Lynch, Thomas. 1974. The antiquity of man in South America. *Quaternary Research*, n° 4, pp. 356-377.
- Lynch, Thomas. 1990. El hombre de edad glacial en Suramérica: una perspectiva europea. *Revista de Arqueología Americana*, n° 1, pp. 141-185.
- Margulis, Lynn. 1995. La vida temprana. Los microbios tienen la palabra. En: *Gaia, implicaciones de la nueva biología*. Ed Kairós. Barcelona.
- Martin, Paul. 1973. The discovery of America. *Science*, vol 179, pp. 969-974.
- MacNeish, Richard. 1976. Early man in the New World. *American Scientist*, vol. 64, pp. 316-327.
- MacNeish Richard. 1978. Late pleistocene adaptations: a new look at early peopling of the New World as of 1976. *Journal of Anthropological Research*, vol. 34, n° 4, pp. 475-496.
- MacNeish, Richard. 1987. La importancia de los primeros doce sitios del Nuevo Mundo. En: *Orígenes del Hombre Americano*, A. González [Comp.], p. 57-67. SEP, Col. CIEN de México. México.
- McGuire, Randall. 1992. *A marxist archaeology*. Academic Press. San Diego.

- Meillassoux, Claude. 1977. *Mujeres, graneros y capitales*. Siglo XXI, México.
- Mena, Francisco. 1989. Cazadores recolectores y arqueología. *Boletín de Antropología Americana*, n° 19, pp. 31–47.
- Menghin, Osvaldo. 1963. Industrias de morfología protolítica en Suramérica. *Anales de la Universidad del Norte*, n° 2, pp. 69–77. Antofagasta.
- Merton, Robert. 1992. *Teoría y estructura sociales*. Fondo de Cultura Económica [3ª ed. en español, traducción de la 3ª edición en inglés, de 1968]. México.
- Mirambel, Lorena. 1994. Recherches récentes sur le stade lithique au Mexique. *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, t. 91, n° 4–5, pp. 240–245.
- Montané, Julio. 1981. Sociedades igualitarias y modo de producción. *Boletín de Antropología Americana*, n° 3, pp. 71–89.
- Nichols, J. 1995. *Linguistic diversity and the peopling of the Americas*. The University of California Press. Berkeley.
- Orquera, Luis Abel. 1984. Specialization and the Middle/Upper paleolithic transition. *Current Anthropology*, vol. 25, n° 1, pp. 75–98.
- Plumet, Patrick. 1994. Le premier peuplement de l’Amérique et de l’Arctique. *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, t. 91, n° 4–5, pp. 228–239.
- Politis, Gustavo. 1999. Introduction. Latin american archaeology: an inside view. En: *Archaeology in Latin America*, Politis y Alberti [Eds.], pp. 1–13. Routledge, London & N.Y.
- Powell, J., W. Neves, E. Ozolins y H. Pucciariarelli . 1999. Afinidades biológicas extracontinentales de los dos esqueletos más antiguos de América: implicaciones para el poblamiento del Nuevo Mundo. *Antropología Física Latinoamericana*, n° 2, pp. 7–22.
- Price, Barbara. 1985. Intensificación y transición en el modo de producción: implicaciones teóricas. *Boletín de Antropología Americana*, n° 12, pp. 17–37.
- Ramos Muñoz, José. 1999. *Europa prehistórica. Cazadores recolectores*. Sílex. Madrid.

- Rose, Mark. 1999. The importance of Monte Verde. *Archaeology Magazine*, Archaeological Institute of America. Online features: <http://www.archaeology.org/online/features/clovis/rose1.html>
- Sahlins, Marshall. 1977. *La economía de la edad de piedra*. Akal Editor. Madrid.
- Schiffer, Michael. 2000. Social theory in archaeology. Building bridges. En: *Social theory in archaeology*, M. Schiffer [Ed.], cap. 1, pp. 1–13. F.A.I., Univ. of Utah Press. Salt Lake City.
- Schobinger, Juan. 1988. *Prehistoria de Suramérica. Culturas precerámicas*. Alianza América, Col. Quinto Centenario. Alianza Editorial. Madrid.
- Schobinger, Juan. 1990. La Patagonia en el marco de la más antigua prehistoria americana. En: *Culturas indígenas de la Patagonia*, J.R. Bárcenas [Ed.]; pp. 151–168. Quinto Centenario, Turner. España.
- Service, Elman. 1973. *Los cazadores*. Nueva Colección Labor. Barcelona.
- Steward, Julian. 1936. The economic and social basis of primitive bandas. En: *Essays in honor of A.L. Kroeber*, pp. 331–350. University of California Press. Berkeley.
- Steward, Julian. 1955. *Theory of culture change*. University of Illinois Press. Urbana.
- Straus, Lawrence Guy. 2000. Solutrean settlement of North America? A review of reality. *Scientific American*, vol. 65, n° 2, pp. 219–226.
- Surowell, Todd. 2000. Early paleoindian woman, children, mobility and fertility. *American Antiquity*, vol. 65, n° 3, pp. 493–508.
- Terrazas, Alejandro. 1992. Bases para la elaboración de una teoría paleoantropológica. *Boletín de Antropología Americana*, n° 25, pp. 5–18.
- Terrazas, Alejandro. 2001. *Teoría de coevolución humana. Una posición teórica en Antropología Física*. Tesis de Maestría. Fac. de Filosofía y Letras, U.N.A.M., México.
- Testart, Alain. 1982. The significance of food storage among hunter–gatherers: residence patterns, population densities and social inequalities. *Current Anthropology*, vol. 23, pp. 523–537.

- Testart, Alain. 1982. *Les chasseurs–cueilleurs ou l’origine des inégalités*. Societé d’Ethnographie, Université de Paris X. Nanterre.
- Testart, Alain. 1985. *Le communisme primitif I. Economie et idéologie*. Éditions de La Maison des Sciences de l’Homme. Paris.
- Testart, Alain. 1986. *Essai sur les fondements de la division sexuelle du travail chez les chasseurs–cueilleurs*. Cahiers de l’Homme, n.s. XXV, Éditions de l’École des Hautes Études en Sciences Sociales. Paris.
- Williams, B. J. 1974. *A model of band society*. American Antiquity, vol. 39, n° 4, pt. 2. Memoir 29.
- Wobst, Martin. 1974. Boundary conditions for paleolithic social systems: a simulation approach. *American Antiquity*, vol. 39, n° 2, pp. 147.177.
- Wobst, Martin. 1976^a. Locational relationships in paleolithic society. *Journal of Human Evolution*, vol. 5, pp. 49–58.
- Wobst, Martin. 1976^b. Stylistic behaviour and information exchange. En : *Cultural change and continuity*, Essais in honour of. J.B. Griffin. C.E. Cleland. Academic Press. New York.
- Wobst, Martin. 1978. The archaeol–ethnology of hunter–gatherers or the tyranny of the ethnographic record in archaeology. *American Antiquity*, vol. 43, n° 2, pp. 303–309.
- Wobst, Martin. 1989. The origination of *Homo Sapiens*, or the invention, control and manipulation of modern human nature. Wenner Gren Foundation Symposium n° 108: *Critical approaches in archaeology*. Cascais.
- Zarankin, Andrés y Félix Acuto [Eds.]. 1999. *Sed non satiata. Teoría social en la arqueología latinoamericana contemporánea*. Col. Científica, Ediciones El Tridente. Buenos Aires.
- Zilhão, João. 1990. Theoretical paradigms and practical research. En: *Arqueologia hoje*, T.J Gamito [Ed.]. Faro.